

Bajo embargo hasta las 17 h.

Del miércoles 9 de junio del 2010

Queridísimos sacerdotes, queridísimos amigos:

La primera finalidad de mi venida entre vosotros es la de traer os el saludo, el afecto y la bendición del Santo Padre Benedicto XVI. Durante estos días hemos hablado de este encuentro, que se injerta como una gema en las iniciativas para la conclusión del Año Sacerdotal, y Él ha manifestado su aprecio hacia los Movimientos eclesiales, que han querido este congreso en el signo de la unidad y de la fraternidad. Por tanto, vengo a deciros que el Papa os está particularmente cercano. Mañana, durante la gran Vigilia de oración con los sacerdotes en la Plaza de San Pedro, podréis verlo en persona. Estará presente también físicamente y contestará a las preguntas que los sacerdotes Le harán.

Este encuentro tiene como título "Sacerdotes hoy". "Sacerdotes" y no "sacerdote": para decir que nuestra vida se declina en plural. El sacerdote es el hombre de la comunión, y me gusta subrayar que el respiro de la comunión es un elemento fundamental para la salud del cuerpo de la Iglesia.

Leyendo el programa de vuestro congreso, he podido ver, a través de las diversas etapas que lo componen, el recorrido de una vida sacerdotal robusta y generosa, basada en "una radical forma comunitaria", según la rica expresión de la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, que hace del sacerdote una sola cosa con el obispo y el presbiterio y que se encuentra en relación de corresponsabilidad con los fieles laicos.

Nunca se dirá lo suficiente que el sacerdote es un hombre de Dios, icona de Cristo, y esto no solo cuando reza o celebra los sacramentos, sino en toda su vida, Él es imagen de Dios que es Amor - *Deus Caritas est* -, de su misericordia, del Amor crucificado.

Además, los sacerdotes, son esencialmente hermanos entre los hermanos en los cuales reconocen el rostro de Cristo (cf *Mt.* 25). Hermanos de cada persona humana, de los hombres y mujeres, a quien amar y servir con total dedicación, sin ningún apego, sin buscar el propio interés. Entonces se comprende la actualidad y la belleza del celibato. Y en vosotros esta belleza resplandece de ese amor incondicionado que siempre ha sido tenido en gran consideración en la Iglesia, como signo y estímulo de la caridad y como una especial fuente de fecundidad en El mundo.

La Iglesia y la humanidad necesitan sacerdotes de esta índole, de auténticos “profetas de un mundo nuevo”; ese mundo iniciado con la venida de Cristo, en continua transformación, en continua formación.

¡Queridos amigos sacerdotes! En este tiempo, nos hemos tenido que hacer cargo del dolor por las infidelidades, a veces graves, de algunos miembros del clero, que han incidido tan negativamente en la credibilidad de la Iglesia, por lo que el Papa respondiendo a los periodistas durante su reciente viaje a Portugal, ha hablado de una “persecución” que nace del interno mismo de la Iglesia.

De este dolor nace una toma de conciencia providencial: es necesario vivir «una estación de renacimiento y de renovación espiritual», seguir «con valor la vía de la conversión, de la purificación y de la reconciliación», «encontrar nuevas vías para transmitir a los jóvenes la belleza y la riqueza de la amistad con Jesucristo en la comunión de su iglesia», como nos ha invitado a hacer Benedicto XVI con su *Carta pastoral a los católicos de Irlanda* (19 de marzo del 2010).

Desde el inicio del Año Sacerdotal, el Papa nos ha orientado, además, a «acoger la nueva primavera que el Espíritu está suscitando en nuestros días en la Iglesia, y no en último lugar a través de los Movimientos eclesiales y las nuevas Comunidades (*Carta de convocación*, 16 de junio del 2009). Estad seguros, sobre todo vosotros que encontraréis la linfa vital para vuestra santidad sacerdotal justo en el ámbito de alguno de estos Movimientos eclesiales.

Vivís en la ardiente caridad y en la gozosa esperanza que da el Espíritu Santo, a fin de que la Iglesia testimonie cada vez más su santidad, a través del dinamismo de comunión y de unidad que le es propia.

No puedo concluir estas breves palabras sin recordar, a mi mismo y a vosotros, amigos sacerdotes, que nadie como María Santísima ha vivido en profunda comunión con Dios y, como consecuencia, en profunda comunión con los hermanos en la iglesia. Una comunión que se proyecta sobre el mundo, donde la Virgen Santísima acompaña la misión de cada sacerdote. Se ha dicho, muy oportunamente que *“La Virgen emerge como grembo bendito de Cristo, mujer de fe unida a los misterios del Hijo en el respeto de su trascendencia, hija de Sión que reúne en el templo de Cristo los dispersos hijos de Dios”*. En espiritual unión con María sabremos encontrar el camino para reunir en la verdadera comunión de Cristo, toda la Iglesia y con ella la entera familia humana.